

EL PCE, EN EL OJO DEL HURACAN

La presencia de la bandera roja y gualda a la derecha de la pancarta "Votar comunista es votar democracia", que estaba flanqueada a su izquierda por la bandera roja con la hoz y el martillo, hizo contener la respiración a los periodistas que iban entrando en el local, hasta abarrotarlo, donde el Comité Central del Partido Comunista de España acababa de clausurar su primera reunión legal desde el final de la guerra.

"El Comité Central —dijo Santiago Carrillo en la declaración preliminar con que abrió la conferencia de prensa— ha examinado las consecuencias que se derivan de la legalización del Partido Comunista de España. Nuestra inclusión en la vida nacional, con todos los derechos y deberes correspondientes, representa un cambio considerable. Este cambio nos ha llevado a reconsiderar nuestra actitud hacia los símbolos de un Estado que nos reconoce. Por eso hemos decidido poner al lado de nuestra bandera, la roja con la hoz y el martillo, la bandera bicolor del Estado español. En lo sucesivo, en todos los actos del Partido Comunista de España figurará junto a su bandera la que lleva los colores oficiales del Estado. La bandera del Estado no puede ser monopolio de ninguna fracción política, y menos aún de los que intentan impedir el paso pacífico a la democracia. Hoy por hoy es la bandera de todos los españoles, independientemente de las ideas políticas que se tengan".

Aún no habíamos tenido tiempo de respirar cuando Carrillo, tras poner de relieve el sentido del realismo que informa las actitudes del PCE, dijo: "Declaramos que si en el proceso del paso de la dictadura a la democracia la Monarquía sigue obrando de manera decidida para establecer la democracia, en las Cortes nuestro Partido y otras fuerzas democráticas podrían considerar la Monarquía como un régimen constitucional. Si no fuera así, no tendríamos ningún compromiso. Todos saben que nuestro Partido ha defendido la República y que nuestras ideas son republicanas, pero hoy la opción no se sitúa entre la Monarquía y la República, sino entre la dictadura y la democracia".

Las reafirmaciones de la condena de la violencia y de la asunción por el PCE de la defensa de la "unidad histórica de la patria común", una unidad "que los comunistas no concebimos si no es sobre la base del reconocimiento pleno de la personalidad y de los derechos de sus nacionalidades, pueblos y regiones", fueron con las resoluciones sobre la amnistía y la exigencia de la legalización de todos los partidos y organizaciones sindicales los puntos más importantes de la declaración preliminar de Carrillo a la prensa.

Un día dramático

Tales declaraciones habían sido precedidas de la afirmación inicial acerca

de la serenidad con que había trabajado el pleno en medio de la tensión dominante en el país.

Se dice que la calma más total reina en el ojo del huracán.

La tensión a que tan cautelosamente se refería Carrillo pesaba sobre el ánimo de sus oyentes.

Era el día 15 de abril y el Gobierno se hallaba reunido en Consejo de Ministros, en el día más crítico y quizá más largo de su existencia. La crisis abierta por la dimisión del ministro de Marina; las declaraciones hechas por algunos dirigentes de Alianza Popular, en las que se ha llegado a ver una solapada "instigación a la sedición"; la toma de posición del Ejército ante la legalización del PCE y una famosa pequeña frase publicada en "El Alcázar" sobre la actitud del Ejército, frase que ha sido desmentida; la convocatoria de una reunión de las Cortes por Alianza Popular y otros grupos de extrema derecha; el temor a una posible provocación de gran envergadura y mil rumores a cual más alarmantes, señalaron con el lápiz rojo o negro de la excepción el día 15 de abril de 1977 en el calendario de la Historia. La futura democracia estaba en el aire. Todos estábamos ese día al borde del agujero con que Peridís había sintetizado genialmente la situación, en un verdadero editorial gráfico, en "El País". En los medios políticos e informativos se seguían con expectante atención las más mínimas vibraciones del sismógrafo político, agitado por rumores, frases e indicios. En los medios políticos se comentaba la creciente hipersensibilidad del Ejército hacia todo lo relacionado con los símbolos e instituciones con que viene identificándose. Por su parte, los directores de los diarios madrileños no vinculados a la extrema derecha, es decir, todos menos "ABC" y "El Alcázar" se reunían, por segunda vez desde la gran provocación del 24 de enero, para dar otra respuesta común, mediante un importante editorial, a la nueva maniobra desestabilizadora intentada por los ultras.

Era también, para colmo, el día de la acción de lucha convocada por Comisiones Obreras y USO. Pero ambas centrales demostraron una vez más su sentido de la responsabilidad.

Era, pues, el día menos propicio para la celebración por el Comité Central del PCE de su primera reunión legal.

La dramática tensión de la jornada, perceptible en todos, no se relajó hasta por la noche, cuando llegó la noticia de que el cóctel previsto había sido autorizado. En esta autorización que, según rumores, había emanado del propio Suárez, se vio un buen signo. Sin embargo, la reducida presencia de dirigentes de la oposición constituía otro indicador de que la cosa no estaba para "sarros". Así reconocían algunos conocidos comentaristas políticos que calificaban las recientes declaraciones del PCE como un acto de lucidez y de responsabi-

dad políticas, no exento de valentía al asumir el riesgo de las críticas que no han de faltarle por parte de algunos sectores de extrema izquierda desconectados de la realidad.

Hacia un centro-izquierda

A nubarrón pasado, toquemos madera, es posible ya retroceder con más calma al comienzo de la reunión. Al informe que sobre la línea política del PCE leyó Santiago Carrillo, en presencia de la prensa.

A muchos de los periodistas nos sorprendió, por falta de costumbre, oír un discurso político de tanto calado y de tal claridad. No menos raro es un discurso bien escrito en los días que corren. El de Carrillo alcanzaba incluso una cierta calidad literaria. Pero

con ser todo esto bastante insólito, lo que a mí me sorprendió fue la total ausencia de triunfalismo.

Carrillo afirmó de entrada que para los comunistas la guerra es ya historia, un capítulo cerrado. "No sentimos ningún odio hacia los que combatieron frente..., no odiamos a los que aún hoy se expresan como si la guerra civil se hallase todavía abierta..., pero les declinamos que en esta obra de reconciliación nacional todo el mundo —ellos también— tienen que poner su grano de arena. Si no lo hacen, España les volverá la espalda y terminarán siendo una minoría nostálgica, extranjera en su propio país".

Desde Eliche, con odio, y unas horas más tarde, Fraga respondía: "Estaría bueno que los derrotados impusieran ahora su criterio".

El extraño diálogo Carrillo-Fraga, diálogo a distancia, porque Fraga ya ha dicho que con los comunistas no se habla, prosiguió con la declaración por Carrillo de que su partido no amenaza a Fraga, quien puede seguir lanzando "esas sus imprecaciones que a veces dan un aire manicomial a la política española". "Alianza Popular es el peligro más serio de involución que se cierna sobre la incipiente y aún raquítica libertad española. Reducirla a la más mínima expresión electoral es el interés de todas las personas cuerdas de este país".

Y la gran Banca, que es más cuerda de lo que parece, ha empezado ya a darse cuenta, si es cierta la información dada por "El País" de que parece



Santiago Carrillo: Dirigir la política de un partido obrero, marxista, en estas condiciones "no es tarea para gentes propensas a la histeria".

dispuesta a retirar su apoyo a Alianza Popular.

Despachado Fraga, y tras rendir un homenaje de respeto a un amplio abanico de personalidades de la oposición desde el centro a la extrema izquierda, Carrillo expresó su esperanza de que los excesos polémicos de la campaña electoral no hagan olvidar que tanto antes como después de las elecciones la oposición, desde el centro a la izquierda, debe asegurar la implantación y la consolidación de la democracia, haciendo que las próximas Cortes sean constituyentes. Ante la imposibilidad de un frente democrático electoral para el Congreso, por el peso de la política atlántica, si es posible y deseable, dijo, presentar para el Senado, cuyo sistema electoral está hecho a la medida de los franquistas, candidaturas comunes de todos los partidos democráticos interesados en el pacto constitucional. Si el Congreso y el Senado no actúan en el mismo sentido, cabe temer la prolongación indefinida de la crisis política, económica y social que podría crear una situación caótica en el país. "Quiero decir sin ambages que... la posibilidad inmediata más favorable que podemos lograr es una Cámara con mayoría de centro-izquierda. No podemos pensar en estas elecciones en una mayoría de izquierda... Pero tampoco es inevitable, contra la opinión de algunos amigos, que nos hablemos ante una Cámara dominada por la derecha neofranquista".

Esa posible mayoría de centro-izquierda, que "no implicaría obligatoriamente que socialistas y comunistas participasen en el Gobierno", aunque sí en la elaboración de la política, es indispensable, dijo, porque el centro solo, sin tener en cuenta a los partidos obreros y el espacio de poder político que éstos deben ocupar, sería impotente para gobernar al país.

Carrillo se refirió luego a las críticas que se han hecho al PCE por la "moderación" de su política y que él prefiere denominar realismo. Carrillo remite a estos críticos a los hechos, a la legalización del PCE, que ha representado una ruptura importante con el pasado y un gran paso hacia la democracia. El camino de ésta es estrecho, dijo, y refiriéndose a los acontecimientos de esos días, añadió que "cualquier acto impensado, cualquier actitud que no tenga en cuenta la realidad, puede provocar reacciones catastróficas para España y para la democracia". "Hubiéramos podido provocar una desestabilización de la situación política. Pero, ¿a beneficio de quién, de los trabajadores y los demócratas o de los ultras y neofranquistas?... Dirigir la política de un partido obrero, marxista, en estas condiciones no es tarea para gentes propensas a la histeria".

De la izquierda a la derecha. Las críticas de los grupos democráticos situados a la derecha del PCE —que arrearán en la campaña electoral, aunque esperamos que esa competición se realice dentro del marco de respeto mutuo en que nosotros la mantendremos— se refieren a la duda de si los comunistas van a respetar las reglas democráticas. "Nosotros —dijo con énfasis Carrillo— nos atenemos rigurosamente a las reglas del juego democrático".

A las críticas hechas por un partido más cercano, el PSOE sobre el sistema de funcionamiento en el PCE del centralismo democrático, que, recordó Carrillo, consiste en la aceptación por la minoría del voto de la mayoría, en la obligatoriedad de los acuerdos del Congreso y del Comité Central y en la

prohibición de fracciones organizadas pero con libertad de confrontación de opiniones, a la crítica del PSOE, dijo, respondió Carrillo citando varias prácticas recientes de centralismo democrático por el propio PSOE. Entre ellas, la elaboración de sus candidaturas, la disolución de la Juventud de Alava bajo la acusación de hallarse en manos de una fracción, la modificación de los acuerdos del Congreso sobre la afiliación obligatoria a la UGT y la expulsión de una veintena de miembros de la Juventud Socialista, decisiones todas ellas adoptadas por el Comité Federal del PSOE, "caracterizadas por su innegable centralismo, y ello en un partido que dice rechazar este método". Carrillo manifestó que él respetaba las normas internas del PSOE y no se permitía juzgarlas.

Entre este discurso inicial y la conferencia de prensa, el pleno del Comité Central, ampliado con la presencia de cuarenta y cinco personas no pertenecientes al mismo, secretarios regionales y candidatos, trabajaron durante dos días a puerta cerrada en la discusión de las listas definitivas de candidatos y del programa electoral. Ambos documentos nos fueron comunicados a los periodistas al final de la rueda de prensa.

El programa electoral del PCE es el más breve que conozco. Le pregunté a Tamames —¿Adónde vas, España?— la razón de ello. Me dijo que era deliberado, que habían querido hacerlo así para que fuera fácilmente asimilable y hasta memorizable, pero que tras ese breve programa general hay toda una batería de programas sectoriales muy exhaustivos. Al preguntarle si era cierto lo que había oído acerca de un dinero que él y Carrillo... Tamames me remitió a Sánchez Montero. ¡Vaya, hombre! El dinero es el último tema del que a mí se me ocurría hablar con Sánchez Montero.

El viaje de Ramón a Simón fue una crónica de Alfonso Sánchez. Estaba allí el todo Madrid de las artes, las letras, la albañilería y la metalurgia. Pasé por los abrazos de Blas de Otero, de Caballero Bonald, de su futura señora Pepe Ortega, de Juan Diego, por el remolino concentrado en torno a la conversación de Carrillo con Claudin, hasta llegar a mi destino. A Sánchez Montero no se le distingue entre la muchedumbre por su estatura. Se le distingue, entre el guririgay, por el islote de silencio que organiza en torno suyo cuando habla. Cuando habla Simón Sánchez Montero tiene el arte, como una especie de Uri Geller, de parar el vuelo de las moscas. Es tal su capacidad de comunicación —y lo que comunica siempre, diga lo que diga, es la profunda convicción que le habita—, que pienso yo que haría estragos en la RTVE con ese su estilo coloquial. Pero mira por dónde yo vengo a hablarle de dinero. Y, en efecto, me confirma que la suscripción nacional que va a abrir el PCE para financiar su campaña electoral ha sido encabezada por Santiago Carrillo con un millón doscientas cincuenta mil pesetas, producto del anticipo sobre derechos de autor de su libro sobre el eurocomunismo, de próxima aparición, y por Ramón Tamames con medio millón de pesetas. Sánchez Montero me dijo también que los bonos que había anunciado Carrillo en la conferencia de prensa constarán de varias series, desde 500 a 100.000 pesetas, y que irán firmados por Dolores Ibarruri y Santiago Carrillo.

La animación del cóctel con que terminó tan dramática jornada no era euforia, sino alivio. ■ M. S. Foto: RAMÓN RODRIGUEZ.

La Capilla siXtina

CARRILLO, EN ORLY

ME parece que aquél es Carrillo.

En efecto, es Carrillo. Yo he pasado cuatro días en París investigando sobre la verdad o la mentira de la decadencia de los grandes y medios restaurantes de París. La crítica gastronómica francesa está últimamente casi tan pesada como la crítica política del señor López Rodó. He podido comprobar que tal vez la cocina capitalina no es lo que era antes de la guerra del catorce, pero que sin duda en París aún quedan unos quinientos restaurantes donde se puede comer correctamente. Insisto en estas motivaciones del viaje para que nadie pueda creer que fui a París a contactar con la KGB o con la CIA o a comprar fusiles para Zaire. En París me enteré de que el PCE había sido legalizado y le rogué a Encarna que me acompañara en un brindis lento y en memoria de todos los comunistas españoles que no han vivido para verlo. Encarna hacía la guerra por su cuenta, rodeada de peludos y peludas que buscaban en vano la arqueología del mayo del 68 o las premoniciones del mayo del 78. De vez en cuando me acompañó en alguna correría gastronómica, y no son transcribibles sus comentarios sobre mi decadencia, sobre el tiempo que puedo perder analizando los componentes de un pie de cerdo relleno o lo que puede sorprenderme la extraña anatomía de los corderos franceses que permite la existencia de un carré d'agneau absolutamente intraducible a merinos españoles. Crítica, pero come, la muy inconsecuente. Pues bien, Encarna brindó civilizadamente para celebrar la legalización del PCE, aunque insistió una y otra vez que este comunismo no es el comunismo, sino un vil remedio reformista socialdemocrático, etc., etc. Ustedes ya me entienden.

Pues bueno. Resulta que Carrillo está allí. Esperando el embarque en Orly, y tras el consabido apretón de manos y abrazo soviético (es lo único soviético que conserva Carrillo) el tema de la legalización se impone. Estamos a lunes de Pascua, y Carrillo ya me anticipa que la cosa no ha caído bien en algunos sectores militares. Nuestra conversación se ve interrumpida por pasajeros del avión que le quieren dar la mano e invariablemente le dicen:

—Felicidades, don Santiago.

De reojo contemplo todos los reojos que se concentran en un Carrillo que viaja con su mujer y con un matrimonio amigo, sin guardaespaldas. Hay curiosidad en los reojos y adolescentes que pugnan con sus padres para acercarse al rojo Carrillo y pedirle un autógrafo. Los españoles que esperan el embarque pertenecen a las clases medias y un poquito más arriba. Pues bien. No se nota en ellos la influencia de El Alcázar, ni de Fuerza Nueva. El público se divide en dos clases de mirones: los que contemplan a Carrillo como contemplarían a Jack Nicholson (es un decir) y los que le contemplan como una fruta política hasta ahora inexplicablemente prohibida. La situación queda ya más allá de la reconciliación nacional y todo lo demás. Tengo una clara conciencia de que Carrillo y todo lo que significa ha sido plenamente aceptado por una inmensa, sana mayoría, y que sólo una pandilla de energúmenos y retrasados históricos siguen escupiéndole prejuicios.

—¿Cuándo volverá Dolores?

—Depende de la situación. Depende de cómo se encaje lo de la legalización. Quisiéramos un recibimiento multitudinario, pero a lo peor no es posible.

Habla de su hermano enfermo en París, reanimado por la noticia de la legalización. Un señor que mira de reojo y escucha de reoreja cabecea comprensivo y apreciativo. Una señora comenta:

—Pobre hombre. Mira que si después de lo que ha costado que le legalizaran ahora se estrellara con el avión.

Y ella también viajaba en el avión. ■

SIXTO CAMARA